

Universidad, ¿para qué?

Olivia Muñoz-Rojas (febrero 2011)

Las protestas estudiantiles en Inglaterra, Italia, Holanda y otros países europeos en los últimos meses por los recortes en el presupuesto educativo constituyen uno de los escasos testimonios colectivos del malestar y la frustración por la crisis económica que, aunque a veces no lo parezca, también se dan en Europa. Denuncian una contradicción fundamental: el que los gobiernos defiendan, por un lado, que cuanto mayor nivel de formación posea un joven, mayores posibilidades de acceso al mercado laboral tiene, mientras que, por otro, no estén dispuestos a sufragar el coste que supone esa formación. Al mismo tiempo que los estudiantes reivindican el derecho a la educación superior como un derecho universal, inalienable (conquista histórica del estado de bienestar) no se les escapa que, en la actualidad, tener una formación universitaria no les garantiza un puesto de trabajo.

El problema que enfrentan tanto estudiantes como gobiernos no solo radica en cuánta universidad hay, cuánta debe haber y si todos los jóvenes tienen que pasar por ella, sino de qué tipo debe ser ésta. Los recortes no están afectando a todas las áreas del conocimiento y las disciplinas por igual. Salvo aquellos que generan resultados prácticos y cuantificables desde el punto de vista del mercado, muchos campos de las humanidades y las ciencias sociales, sobre todo, luchan por su supervivencia. El caso de las universidades inglesas, por su prestigio y larga tradición de excelencia académica, es especialmente alarmante, en este sentido. Cuando en abril del año pasado se anunció el cierre del departamento de filosofía de la Universidad de Middlesex, uno de los más prestigiosos del país, muchos quisieron ver en ello un símbolo del ataque al espíritu y tradición humanistas europeos. Pero ni la condena explícita de académicos de renombre, como Noam Chomsky, Alain Badiou o Slavoj Žižek, ni las protestas sistemáticas de un extenso movimiento en la Red, sirvieron para frenar la decisión. Finalmente se consiguió una victoria parcial: trasladar el programa a la también londinense Kingston University. Menos optimistas son los datos que ofrece recientemente *The Guardian* (07-02-2011), acerca, entre otros, del cierre de varios campus de las universidades de Cumbria y Wolverhampton y la desaparición de los programas de filología francesa, alemana y española en la University of West England.

Históricamente, la situación no es nueva. A finales del siglo dieciocho muchas facultades y universidades europeas parecían al borde de la extinción, incapaces de adaptarse a las necesidades utilitaritarias de una sociedad crecientemente industrializada. Para la burguesía emergente, el conocimiento debía ser productivo, eficiente, mensurable, etc. Finalmente, cierto compromiso entre la necesidad de una actividad científica especializada y aplicada y un concepto de la ciencia basado en su unidad fundamental (inspirado en el idealismo alemán) tomó cuerpo en la Universidad de Berlín, que fundó Humboldt en 1810. En el modelo humboldtiano coexisten docencia e investigación, en disciplinas claramente diferenciadas, pero bajo el mismo techo físico e intelectual. El modelo se convirtió pronto en referente internacional.

Aquello fue un punto de inflexión en la historia moderna de la educación superior. Desde entonces, las universidades han tratado de mantener un difícil equilibrio entre formar parte de la sociedad capitalista y mantener una distancia crítica de ella. Con mayor o menor éxito,

han intentado conciliar papeles aparentemente tan sensibles a caer en la contradicción como el de custodio del rigor intelectual, conservador del patrimonio científico, promotor de la investigación científica para el bien común, educador cívico, moral y político, formador profesional, generador de investigación aplicada y rentable, amortiguador del desempleo juvenil y, por último, pero no menos importante, observador crítico de la sociedad. Por décadas, las sociedades europeas han estado de acuerdo en sufragar este difícil equilibrio a través de sus impuestos. Sin embargo, hemos vuelto a alcanzar una situación, obviamente acelerada por la crisis económica, en la que nadie, ni el estado (es decir, los contribuyentes) ni la sociedad civil (es decir, las empresas), parecen dispuestos a financiar una universidad que no sea estrictamente útil y necesaria para mantener y reproducir el sistema económico actual (a pesar de sus fallas evidentes). Desde este punto de vista, las funciones de la universidad se ven reducidas a dos: las de formador profesional y generador de investigación aplicada, económicamente rentable.

Si, como propugnan algunos teóricos de la educación en el Reino Unido, el objetivo de la formación universitaria es que los estudiantes adquieran 'competencias transferibles' (*transferable skills*), que les permitan manejarse con soltura en un mercado laboral que se supone crecientemente flexible (incierto, al menos) entonces es evidente que hay campos del conocimiento que son más prescindibles que otros. En este 'nuevo' sistema universitario no se trata de enseñar a los estudiantes a conocer, reflexionar y pensar críticamente sobre su sociedad, cultura e historia, ni siquiera necesariamente a formarlos como ciudadanos responsables. Se trata de instruirlos en habilidades técnicas, analíticas, argumentativas y resolutivas, que les sirvan indistintamente en una empresa privada, una organización pública o una ONG. Habilidades destinadas, fundamentalmente, a reducir costes, mejorar el nivel de eficiencia organizacional, persuadir de las ventajas de esto o lo otro, etc. Para aquellos que piensan que la universidad debe ser algo más que un centro de capacitación profesional, la perspectiva es desoladora. Al mismo tiempo, pocos parecen en condiciones de ofrecer un modelo alternativo y sostenible. Muchos docentes e investigadores, sobre todo los más jóvenes, están demasiado preocupados por su propia supervivencia material y profesional. Los despidos, los contratos precarios (en el Reino Unido se extiende la figura del *hourly lecturer*, el profesor universitario contratado por horas), y las dificultades para obtener financiación para investigar y publicar son la otra cara de los recortes. Contribuyen decisivamente a mermar la capacidad de reacción y actuación del sector académico en su conjunto.

Que los titulares sobre las multitudinarias protestas de estudiantes en Londres el pasado mes de diciembre fuesen para el incidente por el que un supuesto manifestante arrojó pintura sobre el Rolls Royce que transportaba al Príncipe Carlos y a Camilla es sintomático: el colectivo universitario tiene dificultades para ser escuchado. La causa no reside tan solo en que unos pocos radicales lograran desviar la atención de los medios del auténtico motivo de las protestas, además de suscitar la posterior condena de éstas por parte de las autoridades. La causa más profunda es que existe cierto escepticismo hacia este tipo de protestas en Europa, una sensación de *déjà vu* mezclada con el prejuicio que desde siempre ha suscitado el mundo académico (esa torre de marfil tan ajena a las preocupaciones reales de la sociedad). Las protestas de mayo del 68 emergen a menudo en nuestro imaginario como hito histórico irreplicable, última demostración de fuerza y creatividad de la izquierda en Europa. Pero la

primavera del 68 también ha sido interpretada como ejemplo de la inconsistencia y el carácter voluble de los movimientos estudiantiles (se alude frecuentemente a que se disolvió al llegar las vacaciones estivales). Sin embargo, muchos de sus protagonistas continúan ensalzando el vigor anti-*establishment* que tuvo el movimiento (aunque ahora lo hagan desde el propio *establishment*), sorprendiéndose, a la vez, de la apatía política y la falta de iniciativa de sus hijos y nietos que enseñan y estudian en donde ellos lo hacían. Ahora bien, cuando por fin las generaciones europeas más jóvenes se lanzan a la calle como lo han hecho en los últimos meses, muchos de ellos son los primeros en no tomarse en serio sus protestas. ¿Quizás porque creen conocer el desenlace? Es posible que las protestas estudiantiles de hoy no hayan alcanzado (todavía) las proporciones de aquel mítico mayo, pero lo que está en juego, en el fondo, sigue siendo lo mismo: el potencial emancipador de la educación. Una sociedad en la que la filosofía o la historia desaparecen del alcance de todos, no sólo no es una sociedad igualitaria, sino que tendrá más dificultades para llegar a serlo.

NO COPY